

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes. 6 reales.
 Por tres id. 16 »
 Por seis id. 32 »
 Por un año. 60 »

La suscripcion empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
 Huertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente á la Administra-
 cion, dirigirse al Administrador D. Sebastian
 Casellas y Segura.



PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Adminis-
 tracion ó por comisionado. . . 24 reales
 Por seis id. 42 »
 Un año. 80 »
 ESTRANJERO, tres meses. 30 »
 ULTRAMAR, un año. 6 pesos.

La suscripcion empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
 Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se
 haya recibido en esta Administracion en letra
 ó sellos de franqueo.

GIL BLAS.

TREINTA AÑOS.

LA VIDA DE DOS PERDIDOS.

(MELODRAMA DE CIRCUNSTANCIAS.)

Acto primero.

La escena tiene lugar en la era del Mico, al caer la tarde.—
 Cantan las ranas.—Un embozado atraviesa la escena, y
 véase: es el Crédito.

El Banco de España (solo).—Nací de padres ricos,
 pero entrampados. La primera palabra que aprenden
 los niños es *papá*; yo decía *papel*. Cuando empezaba
 á hacer pinitos, me casaron con la Hacienda españo-
 la que me ha dejado como Vds. ven. ¡Nadie sabe lo
 que he hecho por satisfacer los caprichos de mi espo-
 sa! Mis tutores, que son varios caballeros de esos que
 saben donde guisan, me han chupado el jugo, y hoy
 lamentan mi estenuacion. Me encuentro en el mismo
 caso que el marido de Rosita, como dice *El hombre
 de mundo*. ¡Respetable público, no te rias de mí!

El Sr. Alonso Martinez (cayendo en la escena).—
 Aquí estoy yo. Nadie nos ve.

El Banco de España.—¡Socorro, socorro!

El Sr. Alonso.—Ni una palabra. Necesito dinero.

El Banco.—¿Dinero? ¡Hombre, mire Vd. qué gra-
 cial! Precisamente lo que no tengo.

El Sr. Alonso.—Mira que te ha de pesar.

El Banco.—No, ya me está pesando.

El Sr. Alonso.—¡Pues, *vendetta!*

El Banco.—¿Qué dice Vd.?

El Sr. Alonso.—Nada. Espresiones á la familia.
 (Embozándose.) Ahora, cúmplase el destino. (Se va
 por la puerta secreta.)

El Banco.—¿Qué mosca le habrá picado? Yo qui-
 siera averiguar... ¡Eh! ¡vecinos, detengan Vds. á ese
 hombre!

Los vecinos.—Nosotros no podemos movernos de
 aquí hasta que Vd. nos cambie estos billetes.

El Banco.—No estoy en casa. (Da á la gente con
 la puerta en los hocicos.)

Acto segundo.

Plaza pública y privada.

El Banco Nacional.—Mí traer á España millones,
 mi ganar millones mucho, mi tener gracia. ¡Ole, sa-
 lerrito! Yes.

Un transeunte.—Diga Vd., buen hombre, ¿qué ven-
 de Vd.?

El Banco Nacional.—Mí traer, por ejemplo, un
 millon, mi poner tres en papel, mi llevarlos por los
 pueblos, mi tener gracia. ¡Ole, salerrito! Yes.

Un liberal.—¿Quién es ese que le acompaña?

El Banco Nacional.—Este señor ser Don Privilegio,

español de sangre, y tambien tener gracia. ¡Ole, sa-
 lerrito! Yes.

Un labrador.—Y cuando yo necesite pagar en mo-
 neda sonante, ¿habrá en este pueblo quien me la dé
 por mor de este papel?

El Banco Nacional.—Eso ser cuenta de osté y no
 de mí, mi tener gracia. ¡Ole, salerrito! Yes.

El Banco de España.—(Aparte.) Este es. Voy á
 ver si lo doblo de un palo. (Acercándose.) ¡Amigo
 mio!

El Banco Nacional.—Mí conocerte, mi tener á don
 Privilegio, mi reirse de tí, mi tener gracia. ¡Ole, sa-
 lerrito! Yes.

Varios industriales.—Nuestras fábricas y talleres
 están parados. Adelántenos Vd. dinero á cuenta.

El Banco Nacional.—Mí ser como el Banco de
 España, mi no dar más que al gobierno, mi no haser
 más que emprestitos y negociaciones gordas, mi fincas,
 mi tener gracia. ¡Ole, salerrito! Yes.

Acto último.

En la mayor estremidad.

La Correspondencia.—En la calle del Salitre, vive
 una desgraciada viuda con tres hijos y 20.000 duros
 en billetes. Suplica á las personas caritativas, que se
 dignen socorrerla con una limosna.

Un ciego (á la puerta de una iglesia).—¡Para ayuda
 de un panecillo y que Dios le conserve á Vd. la vista!

Un devoto.—¿De veras es Vd. ciego, hermanito?

El ciego.—Como que tomé estos billetes por pesos
 duros.

El Banco Nacional (desde Londres).—Mí tener gra-
 cia. ¡Ole, salerrito! Yes.

Luis Rivera.

LA TEMPESTAD.

¿Qué quieren esos nenes que con furor se agrupan
 del banco del gobierno por el respaldo azul?
 ¿Qué quieren cuando el paso de la tribuna ocupan
 y llegan á las mesas y llenan el baul?

¿Qué instinto les arrastra? ¿Qué padre los mantiene?
 ¿Con qué secreto impulso por los escaños van?
 ¿Qué nuevo garrotazo sobre el Tesoro viene,
 y qué país es este, que se encarece el pan?

Acaso alguno de ellos será el incomparable
 que hará como diez años nos quiso desarmar,
 ó el que á la Guardia há tiempo trató de miserable,
 hablando de una antigua matanza militar.

¡Cuán rápidos se agolpan, cual ruedan y se ensanchan
 y á los escaños suben en torva confusion;
 y el puro terciopelo de los asientos manchan,
 armando un estropicio que parte el corazon!

¡Los pobres solamente! Los pobres se acrecientan
 sobre el país hambriento; los pobres por do quier,
 á cada instante que huye, la desazon aumentan,
 y se les ve, afligidos, con ganas de comer.

¡Ramon, yo te conozco! La banda de Cristina
 me dice desde lejos:—*Tu Dios se esconde allí;*
 pero la disidencia, con voz de hambre canina,
 me dice más pujante:—*Ni Dios aguanta aquí.*

Te acercas, sí; conozco los forros de tu capa,
 y el aire saleroso con que avanzando vas;
 y tu intencion dañina, que á mí no se me escapa,
 me dice las hazañas que preparando estás.

Conozco, sí, tu sombra, que para mí es muy mala,
 detrás de esos señores que vagan en tropel;
 conozco en esos grupos que te hacen antesala
 que vamos derechitos á un nuevo San Daniel.

Conozco de tus pasos las sanguinarias huellas
 de tus polainas moras en el crugiente son;
 tu chaquetilla nueva bordada con estrellas;
 tu calañés flamante, que asombra á la nacion.

Fiscales del gobierno, prestádmme vuestras plumas;
 prestádmme, periodistas, vuestro gentil rumor;
 prestádmme vuestros cuartos, Murillos y Vilumas,
 y me daré una vida lo mismo que un señor.

Si yo tuviera el estro poético de Estrada;
 si á mí, Ramon, bajara tu espíritu inmortal,
 mi voz entonaria la grande encerrada,
 —de aquellas que tú sabes que no te prueban mal.

Mas ¡ay! que sólo puedo quedarme patitieso
 delante de esos nenes que acaudillando estás,
 al ver que das en tierra con el actual Congreso,
 y al ver que vas y vienes, y vuelves y te vas.

Tu espíritu funesto resbala ante mis ojos,
 y aunque mi vista herida tu aparicion no ve,
 me estoy temiendo un golpe de aquellos nada flojos,
 si es que antes no te estrellas con lo que yo me sé.

Eusebio Blasco.

LOS CURAS EN CAMISA.

POR EUSEBIO BLASCO.

Un elegante tomo de doscientas ochenta páginas,
 12 rs. en Madrid, 14 en provincias.

Se halla de venta en las principales librerías.

Los pedidos de provincias pueden dirigirse al autor,
 ó al editor D. Alfonso Durán, librería de la Carrera de
 San Gerónimo.

De este libro tomamos lo siguiente:

LA VIDA DE UN HOMBRE.

I.

Cándido es un buen muchacho, cristiano, jóven,
 católico-apostólico-gallego.

Tiene veinte años, veinte duros de sueldo al mes,
 veinte obligaciones y veinte acreedores.

Es decir, que Cándido está, como vulgarmente se
 dice, con el agua al cuello.

Pero esto no importa para que el apreciable jóven
 tenga su alma en su almarío, su corazon junto al estó-

magos y sus miradas puestas en una chica muy guapa, con unos ojos que tiran de espaldas á un guardia veterano. Cándido estaba empleado en una lotería cuando conoció á la muchacha, la cual, para que Vds. lo sepan, se llama Esperanza, y lo mismo podía llamarse *Regeneracion*, segun es de traviesa y descocada. Pues señor, fué el caso que Esperanza entró á comprar un décimo: era por los tiempos en que habia décimos de á peseta; y en el que Esperanza iba á comprar tenian parte una amiga suya, un primo barbero, la lavandera de su casa y un señor de Lopez, alférez retirado y suscriptor de *La Epoca*, desde que se fundó este periódico. Como digo de mi cuento, entró Esperanza, pidió el décimo y dijo aquello de—Démelo Vd. de los altos, del 20.000 para arriba.

—Veinte mil gruesas de corazones le daría yo á usted, niña, dijo Cándido introduciéndose la pluma en la boca y la mano en un cajon de la mesa.

—Vaya, vaya, y qué cosas tiene Vd., respondió la chica.

—Lo que tengo yo son muchos deseos de que la toque á Vd. el premio gordo.

—¡Ojalá! bien podía Vd. dármelo.

—Si estuviera en mi mano...

—¡Haga Vd. una trampa!

—¡Ya que pudiera! ¿pero no sabe Vd. la copla?

Si quieres que te toque
la lotería...

—No sea Vd. malo y déme Vd. el décimo.

—Ahí lo tiene Vd.

—¿Es bueno?

—De lo mejor que se hace.

—*Velay* que me va Vd. á dar la suerte.

Y cosas á este tenor; en fin, y para decirlo de una vez, el pobre Cándido se enamoró de Esperanza, y acabó por decir un día: ¡sea, hagamos una brutalidad de las más gordas! voy á casarme con esa mujer y Cristo con todos.

Dicho y hecho; Cándido se puso lo mejor que tenia, y á la verdad que el traje no era muy de moda, pero al fin y al cabo parecia un traje. Una levita de color de ala de mosca, con mangas de bala forzada y faldones de mapa-mundi; un pantalon de cuadros de varios colores, y sin bolsillos; un chaleco de mahon y un sombrero que le costó diez reales y el viejo, constituian las tres cuartas partes de su hacienda, como decia el otro. Se echó, pues, la hacienda acuestas, y fué á pedir la mano de la niña á su señor papá, apreciable sugeto que por las noches era acomodador del teatro de Novedades y durante el día, se ocupaba en repartir periódicos, cobrar cuentas atrasadas y vender cigarros de tabaco *escogido* (en el suelo) á diez cuartos el paquetillo.

El autor de los días de Esperanza accedió á los deseos de Cándido. Así como así, pensaba el buen señor, este chico tiene un porvenir brillante; empleado en loterías... ¡pues digo! ¿quién sabe si un día le veremos director del ramo? ¿No lo han sido Hazañas y Gutierrez de la Vega?

Tenemos, pues, á Cándido puesto en el caso de hacer las diligencias necesarias para poderse casar.

Sigámosle á la Vicaría.

II.

Ante todo hay que advertir, que Cándido estaba muy pobre, tanto, tanto, tanto, que todo su capital se reducía á diez ó doce duros que le debía al sastre.

Pero el amor no reconoce clases; y los pobres, cuando sienten una verdadera pasión, no se mueren en toda su vida.

Llegó el pobre Cándido á la Vicaría, y fué de mesa en mesa preguntando lo que necesitaba para que le permitieran casarse.

Las oficinas estaban llenas de curas altos y bajos, flacos y gordos; allí todo el mundo estaba vestido de negro; aquello parecia un almacen de carbon.

Quiero pasar por alto las preguntas que á Cándido le hicieron aquellos señores, despues de hacerle esperar dos horas y contestarle un poco bruscamente á las preguntas que con la mejor educacion les hizo.]

Quiero pasar por alto tambien los requisitos accesorios que segun le dijeron necesitaba para ser marido, porque sería cuento de nunca acabar referirlos todos. «Un certificado de buena vida y costumbres.» «Para qué? decia el bueno de Cándido; ¿para que á Vds. les conste que soy hombre de bien? Eso es cuenta de mi mujer; y cuando ella apechuga conmigo, ya estará segura de que no soy un tuno; además, señores, un certificado de buena vida y costumbres se le da á cualquiera, y no hay pícaro que no lo lleve en el bolsillo para un caso apurado; por consiguiente, esa es una fórmula que me parece inútil.

—Pues no señor, no es inútil, y sin ese documento no se puede hacer nada.

—Corriente, señores; se buscará un párroco y un

inspector que en su vida me han visto y que darán fé de que soy un guapo muchacho.

—Además es necesario saber que Vd. no es casado.

—¿Pero, señores, por amor de Dios, cómo habia yo de esponerme á ir á presidio?

—Pues es indispensable que aquí tengamos las pruebas de que es Vd. soltero.

—Está bien, está bien, las tendrán Vds.

—Además se necesita la fé de bautismo de Vd., y la de su padre de Vd., y la de...

—Pero, señores, ¿qué importa que yo tenga estos ó los otros años para?...

—Pues sin ese otro documento tampoco podemos...

—Bueno, bueno, vendrá el documento; no se fosforicen Vds.

Y así por el estilo le fueron exigiendo documentos y documentos, con tal profusion y variedad tanta, que Cándido casi lloró de gusto.

Pero lo grande, lo inusitado, lo inconcebible para el pobre muchacho, fué el trabucazo á boca de jarro que le pareció que le habian disparado, cuando le dijeron que entre el papel sellado en que habian de ser escritos los documentos aquellos, los derechos de curas y sacristanes, y los honorarios de sacristanes y curas, la boda vendria á costarle sobre treinta y cinco duros.

—¡Treinta y cinco duros! decia Cándido, marchándose á su casa. ¡Dios mio! ¿De dónde voy á sacar yo treinta y cinco duros?

Y era preciso sacarlos de cualquier parte, porque Esperanza deseaba con muchísima impaciencia decir *esto es hecho*; los padres de Esperanza esperaban el momento en que Cándido dijera *vamos á la iglesia*, y ya habian pasado porque Cándido no hiciera regalos ni gastos de ninguna clase; de manera que ante tales consideraciones, el novio no podia consentir en que otro pagara los derechos de la iglesia, porque eso hubiera sido el colmo del abuso.

¡Oh fiero trance!

Cándido, resuelto á todo, fué á ver á un prestamista que era gran jugador de lotería, y pasaba sendos ratos en la administracion donde nuestro protagonista estaba empleado.

Le pintó su situacion con vivos colores: le suplicó por lo más sagrado que le sacara del apuro en que se encontraba, y... ¡logró que el prestamista se conmoviera! Esto no lo habia logrado hasta entonces ningun español, ni es probable que vuelva á conseguirlo ya nadie.

En los anales de la usura se registra un caso extraordinario, es decir, que el prestamista le dejó á Cándido 1.000 reales al módico interés de 72 por 100.

Cándido se casó por treinta y cinco duros.

III.

La paz reinaba en el hogar doméstico. Esperanza y Cándido se querian entrañablemente. Eran muy pobres, pero se acomodaban á las circunstancias, y vivian resignados en medio de su pobreza! Con la conciencia tranquila y la confianza en Dios, los esposos aguardaban mejores días.

Pero escrito estaba que aquella felicidad no habia de ser duradera. A los diez meses de paz octaviana, el usurero, cansado de esperar el pago de aquellos reales, amenazó con el embargo, sin embargo de que Cándido pensaba darle todos los meses un pico, sin duda para que con el *pico* cavase aquel despiadado prestamista el abismo en que habia de caer su víctima.

Esperanza, que vió amenazados sus muebles, y hasta los utensilios de la cocina, gritó, se desesperó, dijo que su marido trataba de perderla, y á Cándido se le pasaban unas ganas de echarse por un balcon, que por ménos de 2.000 rs. hubiera realizado su deseo.

Era un día de primavera. Los pajarillos cantaban como unos descosidos; las flores *saludaban al sol*, sin quitarse el sombrero. La naturaleza sonreia y Cándido no tenia un cuarto.

Y aquel día, precisamente, Esperanza dió á luz el primer tomo de la obra matrimonial; el parto del ingenio fué un tierno vástago, robusto como un aguador, y que vino al mundo llorando como un becerrito.

No sé quién ha dicho que cada hijo que nace trae á los padres un pan debajo del brazo. El hijo de Cándido no trajo ni siquiera un zoquete; lo que trajo fué grandes deseos de ser cristiano, y no habia más remedio que bautizarlo.

Cate Vd. á Cándido desesperado de nuevo. Entre los honorarios del cura de la parroquia, y la propina del sacristan, y unas cosas y otras, cuatro duritos.

Y fuerza era buscarlos, porque si el chiquillo no era bautizado, no podia ser cristiano, ni viejo ni nuevo, y no podia ser cristiano si no pagaba el bautismo.

—¡Caramba! ¡caramba! ¡caramba! decia Cándido sentado junto á la cama de su mujer, y meneando mucho el pié y la pierna derecha, como si tuviera el baile de San Vito. Hay para comerse una caja de fósfo-

ros y acabar de una vez esta desdichada existencia.

Se resolvió á pedir á su amo el lotero los cuatro duros que necesitaba.

El amo puso muy mala cara; pero dió el dinero á su dependiente, porque calculó que podria cobrarlo más tarde ó más temprano, reteniendo á Cándido una parte de su exíguo sueldo.

El niño fué bautizado.

—¡Hola! ¡hola! decia un amigo de Cándido cuando el niño volvió de la iglesia; ya tenemos aquí al nuevo cristiano, católico, apostólico madrileño.

El chico le miraba como si le quisiera decir:

—¡Mi dinero me ha costado!

IV.

La situacion de Cándido era espantable.

Tenia cuatrocientos reales de sueldo; de estos cuatrocientos reales, el prestamista le retenia doscientos, y el amo de la lotería ochenta. Es decir, que con ciento veinte reales, Cándido debia pagar al casero, debia comprar el pan de cada día, y debia procurar que Esperanza estuviese bien asistida en su enfermedad.

Porque Esperanza estaba enferma, muy enferma.

V.

Y llegó un día en que el estado de la jóven hizo concebir sérios temores al médico. Esperanza se moria.

Cándido, desesperado, frenético, loco, recorrió todo Madrid para buscar dinero, pero sus esfuerzos fueron vanos.

Volvió á su casa... la desgracia es cruel, feroz, incansable; cuando se ceba en un individuo, le agobia, le confunde, se multiplica. Esperanza habia muerto.

Cándido estaba fuera de sí; le parecia mentira que sobre él pesaran tantas desventuras. Lloró lágrimas de fuego que le escaldaron las mejillas; lágrimas de desesperacion, de dolor, de ira, de rabia.

Pero era preciso pensar en todo. El cadáver no podia estar más de dos días en casa; Cándido no queria llevarlo directamente al cementerio, porque el pobre muchacho creia que allá en el cielo, Esperanza se enojaria al ver que no se le hacia un entierro...

Y este entierro costaba dinero, y la sepultura costaba dinero... y los curas decian que ellos no cantaban un responso si no se les pagaba, y el sacristan no encendia las luces si no se le pagaba, y el cura del cementerio no admitia el cadáver si no se le pagaba la fosa, y todo el mundo pedia dinero, y eran necesarios trescientos ó cuatrocientos reales.

Cándido, en un momento de locura, corrió á la administracion de loterías. El jefe acababa de salir; el dependiente abrió el cajon de la mesa, vió mucho dinero, metió las manos en el cajon y se llenó los bolsillos de monedas.

Hubo entierro, luces, toque de campanas, acompañamiento, sepultura....

Los curas cantaron.

VI.

Faltaba algo á la desdicha de aquel pobre hombre; faltaba que se le acusara de ladron, porque ladron habia sido.

Y cuando se vió señalado por las gentes, próximo á ir á la cárcel, deshonorado y envilecido, se olvidó de todo, hasta de su querido hijo; pensó solamente en su honra, en su dignidad perdida; y alzando los ojos al cielo, aplicó á la sien el cañon de una pistola, apretó el gatillo, sonó un tiro, y Cándido cayó bañado en sangre.

VII.

ESCENA FINAL.

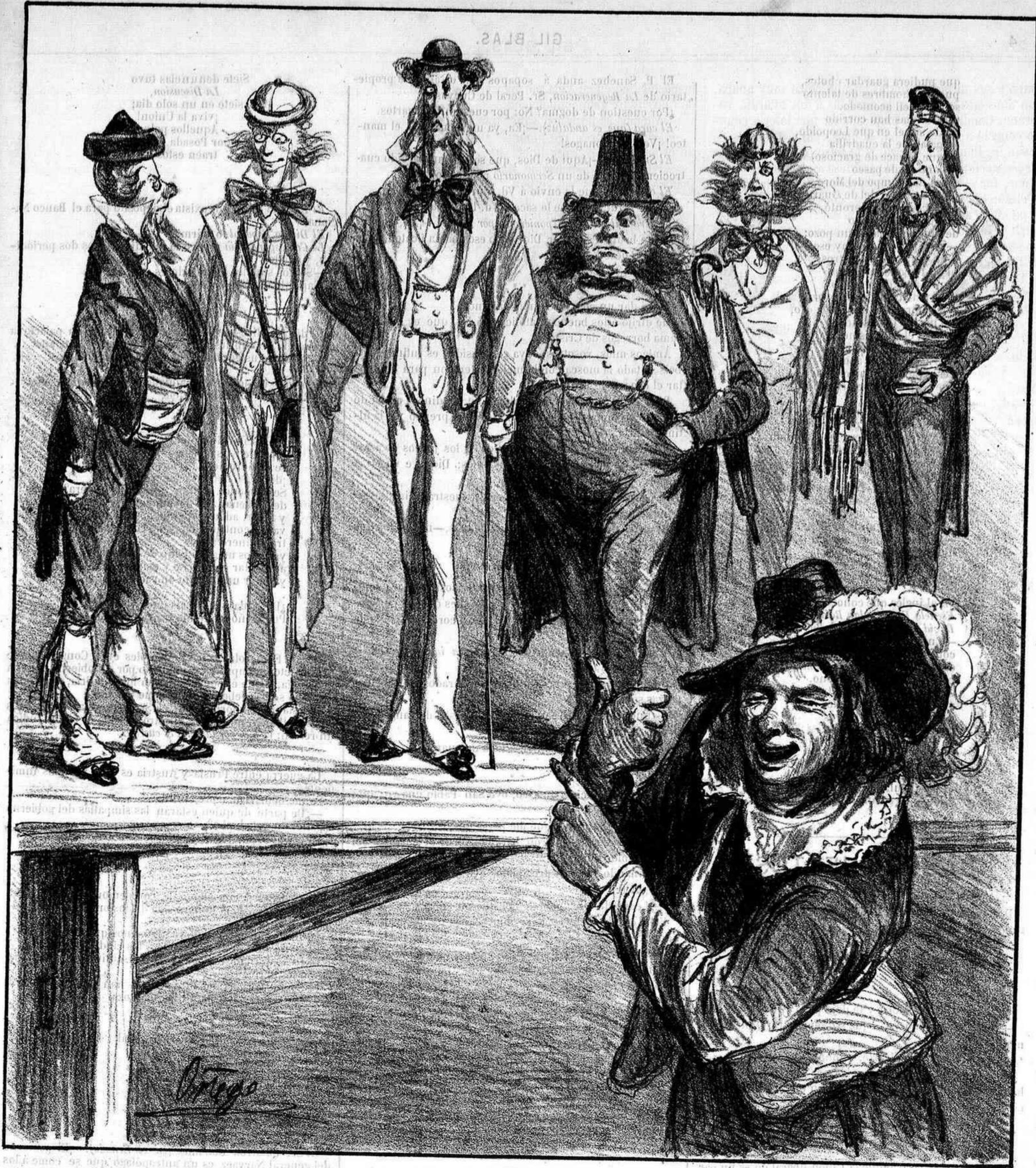
Cándido (espirando).—Acabemos.

La sociedad.—¡Pobre hombre!

Los curas.—¿Un suicida? ¡No se le puede dar tierra sagrada!

DE PRIMAVERA.

Vestido de primavera salió de Madrid Alonso, á caza de unos ingleses tomadores... de negocios. Ya en el abril de su vida tuvo que tratar con otros, y quedó tan obligado, segun aseguran todos, que el infeliz desde entonces no ve más que por sus ojos. El motivo de su marcha es una cuestion de fondos, que asoma á la superficie de las arcas del Tesoro, que él guarda, de igual manera



—Señores y Señoritos: tengo el honor de presentar á Vds. los seis nenes ingleses fundadores del **BANCO NACIONAL**. Como Vds. ven, son muy simpáticos. Oigan ahora sus nombres y las hazañas que han cometido. **Mister Lewis**; **Willian Scholafield**, miembro del Parlamento; **Harvey Lewis**, también miembro; **David Chopman**, ex-socio de una casa de comercio (¡Soberbio título); **Willian Bailly** socio del Banco de **Bailly & Co.**; y **Jhon Pierre Hennand**, director de un Banco. Estos son los encargados de hacernos felices, por cada millon no se llevarán mas que tres. ¡Ahora, ciudadanos, un poquito de musica!

GOBIERNO DE LA REPUBLICA ARGENTINA
 EL SEÑOR BARRIEN
 LITORAL RESPONSABLE D. JUAN GUTIERREZ
 MADRID: 1888
 IMPRENTA DE R. LABALON CARRER DEL PRINCIPAL

que pudiera guardar chotos,
pues los hombres de talento
son de fácil acomodo.
Quince días han corrido
desde aquel en que Leopoldo,
(el galán de la cuadrilla
en que él hace de gracioso)
llevándole de paseo
cerca del Campo del Moro,
por no abusar del de Guardias
que acaso utilice pronto,
le dijo con el acento
del que se baña en un pozo:
—Compañero, no hay escapel
Aquí para entre nosotros,
ni yo tengo una peseta,
ni mis amigos tampoco.
Sabe usted que la confianza
se compra aquí á peso de oro,
y si no nos lo buscamos
vendrá el cataclismo gordo,
y usted se irá á su bufete,
y yo á demandar apoyo
á esos pícaros demócratas
que acabar quieren con todo.

—¿Y qué hacer?
—Hacer dinero...
—En ello estoy; ¿pero, cómo?
—¿No hay ya dinero en el mundo?...
—Debe de quedar muy poco,
si gastan en todas partes
lo que aquí...

—Perdidos somos:
si esos temores son ciertos,
¿quién nos saca del ahogo?
—Yo tengo algunos ingleses...
—¿Ingleses dijiste? ¡Copol
hice la guerra con ellos
y son unos guapos mozos;
¿cómo se llaman?

—Se llaman
en el inglés que conozco,
*Escuela Fiel, Virlan Baile,
David Trampas, y Jonh Piorco.*
—Entonces, somos felices;
conque se pronuncien solo
esos nombres, nuestra Bolsa
bajará un siete ó un ocho.
—Corriente; me irá á Inglaterra,
arreglaré el Banco roto,
y si no duros en barras
traeré billetes en tomos.

Y es fama que un fosforero
que escuchaba este coloquio,
al pasar junto al ministro
dijo:—¡Arremángate, Alonso!

M. del Palacio.

CABOS SUELTOS.

D. Ramon ha visto con buenos ojos el nombramiento del general Lersundi para capitán general de Cuba.

Y le ha dicho:

—¡Chavó, qué breva te chupas!

—Hijo mio, voy á morir y te dejo poco dinero.
—Papá, no se aflija Vd., que yo encontraré medio de multiplicarlo.

—¿A qué piensas dedicarte, retoño de mi corazón?
—Papá, en cuanto se funde el *Banco Nacional*, me irá por los pueblos cambiando billetes con un ocho ó un diez por ciento.

—Bien, hijo mio, bien: ahora puedo morir tranquilo.

Sostiene el Sr. Casaval que la Union liberal no es un partido político.

¡Claro! Como que es una partida.

Los periódicos han reproducido estos días unos párrafos de los discursos de D. Leopoldo, que terminan así:

«Creo que hice un gran bien á mi país insurreccionándome; no me arrepiento, no.»

GIL BLAS.—Lo mismo digo, amiguito.

—Amable suscriptor, ¡qué hermoso es el teatro Real! ¿No es cierto?

—Algo, algo.

—Pues mira, amable suscriptor, todavía debe el gobierno á la mayor parte de los que trabajaron y dieron efectos para su construcción.

—¿Y por qué no les paga?

—¡Ay, amable suscriptor! Tú ignoras que el Estado es un ser privilegiado que tiene el derecho de aplazar las deudas modernas y de no pagar las antiguas.

—¿Y no reclaman esos infelices?

—Siempre. Pero no les queda otro consuelo que repetir todos los días:—¡Qué hermoso es el teatro Real, qué hermoso, y qué feo estoy yo sin camisa!

El P. Sanchez anda á sopapos con el antiguo propietario de *La Regeneracion*, Sr. Peral de Cuevas.

—¿Por cuestion de dogma? No: por cuestion de cuartos.
El cura (que es andaluz).—¡Ea, ya me remangué el manteo! ¡Vengan monagos!

El Sr. Peral.—¡Aquí de Dios, que se me han perdido cuatrocientos tomos de un *Sermonario* pistonado!

El cura.—¿A que le envío á Vd. á presidio?

El Sr. Peral.—¿A que le saco á Vd. las tripas?

El cardenal Antonelli (poniéndose por medio).—¡Ah, fratelli, no siate brutil! Pace, per Dio, e no escamati a i catolici qui affojanno peseti!

Voy á dar un consuelo á mis paisanos.

Me dirijo á los buenos católicos, á los que el P. Claret llama borregos de Cristo.

Amigos míos, vosotros, cuya generosidad es infinita, habeis soltado la mosca con la mejor intencion para aumentar el dinero de San Pedro.

Pues bien, borregos de mi alma, de ese dinero acaba de pagarse en Roma á los que han sacado el premio de la última lotería.

¡El dinero de San Pedro invertido en los juegos de azar! Esto no os dé pena, borreguitos míos; Dios ve vuestras almas.

Él os dará el premio que merecen vuestras virtudes, aunque otros se guarden el de la lotería.

El reino de los cielos es de los mansos, —no de los que sacan el premio gordo.

El Español, que usa todos los medios posibles para combatir á la *Union*, se lamenta de los ataques que los periódicos liberales han dirigido á su partido recordando el día de San Daniel.

Y añade, que contaban para ello con la impunidad que el actual gabinete les ofrecía.

¡La impunidad! ¿Si pensarán los moderados que sus mantanzas son inviolables?

Algunos creen que San Daniel es fiesta de sangre. Yo pondría en el calendario:

—«10 de abril. San Daniel.—*Vida de guardar.*»

Caminando hácia Damasco, oyó San Pablo una voz que le dijo:

—¿Santo, santo, por qué me persigues?

Estas palabras sirvieron para convertir al enemigo del cristianismo.

Caminando hácia el precipicio, oye O'Donnell una voz que le dice:

—¿Leopoldus, Leopoldus, por qué me odias?

Estas palabras sirven para aumentar la ira del gran cristiano.

Entre el apóstol de los gentiles y el sumo sacerdote de los unionistas, no encuentro más que una diferencia.

La diferencia de la inspiracion.

Cantares.

—¿Cuándo llega don Leopoldo?

le pregunté á la criada.

—La conciencia llega hoy,
el amo llega mañana.

Tengo que hacer un castillo
encima de un alfiler,
y ha de tener más firmeza
que las ideas de usted.

Tres fincas hay en Madrid

que se van á rematar:

—La disidencia, un destino
y el banco ministerial.

Al entrar en su calle

dijo Pepito:

—Poco tiempo me resta
de ser ministro.

Los fanáticos que en Barletta asesinaron á multitud de personas en casa del ministro protestante, iban mandados y dirigidos por dos jesuitas.

Ahora que en Valencia pretenden estos santos padres que se les dé uno de los mejores edificios, conviene tener presente estas hazañas.

Hubo un tiempo en que los jesuitas, con aplauso de pueblos y reyes, fueron expulsados... hasta de Roma.

¡Cuánta hipocresía no emplearán en volver á reconquistar lo perdido!

A propósito de esto, dijo un día Víctor Hugo de cierto personaje:

—Su hipocresía es tanta, que si se arrojara sobre la aurora, apagaría el sol.

Publica *El Pueblo* una novela de Abdon de Paz, que se llama *El Cielo del Infierno*.

O lo que es lo mismo: *El moderado Lersundi, capitán general de Cuba*.

Siete denuncias tuvo

La Discusion,

siete en un solo día;

¡viva la Union!

Aquellos polvos,

señor Posada Herrera,

traen estos lodos.

El Español niega que exista el depósito para el Banco Nacional.

El Diario Español lo afirma.

La Correspondencia refiere lo que dicen estos dos periódicos, y añade:

—Somos simples historiadores.
(Capítulo de simplezas.)

El día 15, dice un periódico, se verificará en palacio la ceremonia de cubrirse los señores Fulano y Mengano.

—¡Cúbrase usted, no andemos con cumplimientos!

El mismo día tomarán la almohada unas cuantas señoras.

—Cuidadito con roncar, ¿eh?

El señor de Benete
(apúntele usted siete),
se compromete á reformar á España:
¡digo! ¿se necesita tener maña?
Se propone... ¡señor! ¿quién lo creyera?
desempeñar á la nacion entera
y bajar, además de muchos humos,
varias contribuciones de consumos;
traer dinero gálico
y darnos un gran baño de metálico;
aumentar el ejército y marina
y poner un soldado en cada esquina.

¡Dar vida á este país que es un escuerzo!
Pues señor, que me traigan el almuerzo.

El Sr. Figuerola decía el miércoles en el Congreso, que el proyecto de imprenta presentado por el gobierno era una demencia, y que él por lo tanto no lo discutiría, pues á los locos no se les debe tener más que lástima.

No estamos conformes con el Sr. Figuerola; cuando los locos se llaman ministros, nuestro sistema es el que indica un refrán: *el loco por la pena es cuerdo*.

La guerra entre Prusia y Austria es cada vez más inminente.

Se me ocurre una preguntilla:

—¿De parte de quién estarán las simpatías del gobierno español en esta lucha?

Ya creo oír al sentido comun que me responde:

—De parte del que no tenga razon.

El 10 de abril, con objeto de conmemorar el día de San Daniel, empezó en el Congreso la discusion del proyecto de ley de imprenta.

La Union liberal no quiere ser menos que Narvaez.

El 10 de abril de 1865 se mató á los ciudadanos.

El 10 de abril de 1866 empieza á discutirse la ley que matará á los periódicos.

El Sr. Rios Rosas nos dirá quiénes han de ser los miserables instrumentos de esta última matanza.

Dicen lo ha pasado mal
un *Lersundi* en el Perú;
y á mi juicio, general,
peor lo has pasado tú
yendo á la Union liberal.

Abril de 1865.

El Sr. Calderon Collantes (en el Senado).—El gobierno del general Narvaez es un antropófago que se come á los periódicos crudos! No hace más que denunciar, denunciar y denunciar... ¡Abajo los denunciadores de la prensa!

Abril de 1866.

El mismo señor (y en el mismo sitio).—Las denuncias de los periódicos son motivo de elogio y no de censura para el gobierno.

Diferencia entre 1865 y 1866,—que el Sr. Calderon Collantes es ministro.

Y digo yo.

—Españoles, en esta escuela se está educando un servidor de ustedes.

Saludemos á *Jeremias*. Bien venido sea á la arena de la política, y reciba mi cariñoso afecto.

Jeremias, en la villa
hay que dar mucho meneo
á la gente de *manteo*
y á la gente de *mantilla*.

CONCIERTOS EN EL CIRCO DEL PRÍNCIPE ALFONSO,

DIRIGIDOS POR

EL SEÑOR BARBIERI.

Primer concierto, el lunes 16, á las tres de la tarde.

EDITOR RESPONSABLE, D. LORENZO GUTIERREZ.

MADRID: 1866.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CARRERA.